



ciendo un hálito de frescura, de efluvios de algas y de bosque, que hacen recordar confusamente las imágenes de ciudades blancas, de verdes valles y de marinas azules. Y crece el fastidio cuando el tranvía vuelve á emprender su acostumbrado aspecto por las largas calles solitarias, donde no se encuentran sino pocos transeuntes con el sombrero en la mano y el pañuelo en la otra, bajo una larga fila de ventanas cerradas, que parece que desde sus persianas despiden hacia abajo el silencio muerto de los barrios abandonados y tenebrosos. Y para los relegados á la red interior, aumenta el fastidio y despecho, al ver aquella eterna colina y aquellos Alpes eternos, que aparecen al final opuesto de las calles, como una provocación maligna. Entre éstos estoy yo, y además del tedio y despecho, tengo el disgusto de no ver, sino muy rara vez, á aquellos personajes que invaden mi sala de estudio ambulante, á los queridos actores de mi compañía.

\*  
\* \*

Los primeros que vuelvo á ver bajan tranquilamente de la montaña con su pequeño ideal; son Tadeo y Veneranda, en la misma línea de las

afueras, los dos más gruesos, con dos rostros que parecen el retrato de la beatitud. Han estado veinte días en el «Hospicio de San Giovanni d'Andorno», y me dicen que les cansaba el paseo, el aire, el agua, el pan y la cortesía de las gentes; pero son felices porque la niña ha vuelto con una salud admirable. Verdaderamente, está esplendorosa, y todos asistimos á su triunfo. De pie, en el último banco, vestida de color de rosa, con sus hermosos cabellos castaños por la frente y esparcidos por los hombros, con los brazos desnudos y en las muñecas dos pulseritas de plata, habla continuamente con sus padres y apostrofa á los vecinos, ríe y chilla agitando las manos por el aire, y esparce á su alrededor la luz de su belleza y la música de su alegría. Aquella carita de Virgen, aquella exuberancia de vida, llaman poco á poco la atención de todos los pasajeros. Vuelven la cabeza dos señoras que están en el banco de delante y empiezan á dirigirla la palabra y la acarician los cabellos. Luego, desde otro banco, vuelven también la cabeza toda una familia, para decirla cosas, á las que ella responde enviando besos con los dedos; luego otros más distantes, muchachos, muchachitos y caballeros, que se vuelven para mirarla y los sonrío, y bajo todas aquellas miradas admirativas, al són de todos aquellos saludos amorosos, la pequeña actriz redobla su vivacidad, se pone más rosada y bella, y triunfa como un ángel en la gloria. Un padre y una madre que vieses coronar á su hijo en Campidoglio, no podrían dar señales de una alegría más grande que la que expresaban los rostros de aquellos dos buenos señores, que apenas podían contener las lágrimas que asomaban á sus ojos. Y hacían un esfuerzo para contenerlas, pero en ciertos momentos la señora no podía

más, y cogía á la niña para estrecharla contra su corazón; y Tadeo, para disimular su emoción, volviéndose hacia mí con el rostro radiante, bajo el velo de una indiferencia forzada, me decía con voz trémula y casi expirante:

—Parece que el tiempo ha mejorado; pero... es difícil... que dure.

\*  
\* \*

El segundo que encontré fué el pintor, que subió una mañana al lado mío en una jardinera, en la calle de Roma, alegre como si hubiese obtenido el primer premio en la Exposición trienal.

—¿Está usted más contento?—le pregunté.

—No mucho; pero en fin, estoy algo mejor. Cada semana doy una vuelta entera por Turín.

Aquellas vueltas por la ciudad, para uno que no tenga negocios, me parecieron extrañas, y fijándome en su nueva alegría y buen humor, pensé que debían haber variado mucho las circunstancias para él. Le pregunté de qué modo había vencido aquella gran aversión por la geometría de Turín, por las filas de casas y calles, todas iguales, donde le parecía encontrarse siempre en la

misma esquina. Me contestó sonriendo que había pasado su mal humor; pero de qué modo, no lo dijo. Insistí recordándole lo que decía aquel día:

—¿Y la antipatía por las hijas de Boreas, por los ángeles de alabastro, por las señoritas recordadas por un mismo patrón?

—¡Ah!—contestó;—era un mal período para mí aquél... Todos lo tenemos. Pero ahora todo ha cambiado.

—¿Ha renunciado usted, pues, á su felicidad conyugal buscada en el tranvía, ó ya la tiene?

Se echó á reír ruborizándose un poco, y cambió de conversación repentinamente, atropellando las palabras é ideas. Había renunciado definitivamente á descubrir el misterio de la señora de la correspondencia.

—¡Ah! es más testaruda que yo—me dijo.

No pudo descubrir nada.

Y me contó que un día había creído descubrirlo todo. Encontróla en la línea de las afueras; la había visto bajar en la esquina de la calle Cristina y subir en el tranvía de Puente Isabel; había bajado y subido él también, pero llegados á la plaza Cavour, había bajado ella y tomado el tranvía de la Carrera de Casale; él hizo lo mismo, y ella, por tercera vez, bajó en la plaza de Víctor Manuel, donde esperó un momento el tranvía de la calle Vanchiglia, al cual volvió á subir; él hizo la misma maniobra, pero al ver la señora su insistencia en seguirla, bajó de nuevo, dejó pasar dos ó tres tranvías, y aunque se había hecho el propósito de imitarla, desistió finalmente de su empresa y se marchó, con la curiosidad más excitada que nunca.

Durante uno de aquellos trayectos la había visto, teniendo entre sus manos uno de aquellos al-bums de diez céntimos que publica la casa Mas-

sarani, en los cuales están marcadas en rojo todas las líneas de Turín, y ella iba ojeando y volviendo página por página, como un oficial de Estado Mayor que estudia la carta topográfica de las grandes maniobras. ¿Quién sabe qué vasto plan estratégico tranviario, qué intrincada combinación andaba escogiendo, y quién sabe con qué objeto recorría aquella línea y hacía aquellos estudios? ¡Misterio profundo! Era mejor no pensar más en ello; la empresa resultaba disparatada.

En tanto que decía esto, yo observaba bien claro que pensaba en otra cosa, que tenía en el corazón un sentimiento, al cual aquella relación servía como el abanico á las señoras, para esconder cierta expresión involuntaria del rostro. Entre una y otra frase, miraba á todos los tranvías que pasaban al lado ó cercanos, alargando la cabeza como si en ellos pudiese ver la persona que buscaba; y su aspecto y sus maneras eran como las de aquel que tiene un pensamiento bello y feliz, una imagen á quien hablar en secreto, aunque hable de otras personas y de otras cosas, y que aparece ante él como los globos de fuego que vemos por el aire después de haber fijado la vista durante un momento en el sol.

En un momento dado, no me pude contener, y le dije un exabrupto:

—Vamos: ¿para qué sirve fingir? Dígame usted la verdad. Usted ha encontrado lo que buscaba y no me quiere hacer la confidencia por temor de que yo lo ponga en mi libro.

Esta vez lanzó una carcajada tan forzada y desentonada, que tuve por cierto haber dado en el clavo. Sí, era únicamente el temor de que yo publicara sus amores, lo que le impedía hacerme la confesión, y continuó diciéndome que no, y moviendo negativamente la cabeza, sonriéndose y mi-

rándose la punta de los zapatos, como si ventilase dentro de su corazón la duda de si debía persistir en negar ó decírmelo todo.

—Pues bien...—empezó.

Yo agucé el oído para recibir la confesión.

—Bueno... no—dijo riendo,—si fuese verdad... cuando sea verdad lo diré á usted antes que á todos; pero... todavía no.

—Su «todavía no», es una traducción del «ya». ¿No me puede usted decir siquiera en qué línea la ha visto por la primera vez? ¡Es un indicio tan vago!

—Pues bien: en la línea de Puente Isabel.

—¿Coche cerrado, ó jardinera?

—Coche cerrado.

Era tan reservado, y había cambiado tanto á consecuencia de su pasión, que después de haberme confiado aquel secreto, me miró con aire de desconfianza, como si pudiera yo descubrir la persona de que se trataba.

—No importa—le dije,—le aseguro á usted que la descubriré antes que usted me la enseñe.

Y en tanto que bajaba del carruaje, le pregunté si estaba enamorado de veras.

Me puso una mano en el hombro, acercó su boca al oído, y con un acento de pasión de la que no le habría creído nunca capaz, tan inesperada y profunda era, me dijo:

—¡Ah, he perdido la cabeza!

Puso pie en tierra, y en cuanto el tranvía emprendió la marcha, se volvió hacia otro lado para ocultar la vergüenza de haberse traicionado de aquel modo, como si fuera un mozalbete.

\*  
\* \*

Finalmente, después de unos tres meses, encontré una mañana á doña *Quijotina*, que bajaba casi corriendo de la estación de Porta Susa, y que subió al tranvía de la barrera de Casale, metiendo dentro á tres arrapiezos y un gran lío de ropa, con el rostro encendido, el sombrero puesto de cualquier modo y un cesto en la mano, del cual salían algunos juguetes. ¿Dónde había encontrado aquellos tres chiquillos de cabeza rapada, vestidos todos muy limpios é iguales, pero visiblemente de clase pobre, que estaban á su lado y la sonreían como á una madre? De fijo que había hecho «alguna de las suyas»; lo adiviné de buenas á primeras. Para saber lo que deseaba, no tuve que esperar mucho tiempo, porque pronto trabó conversación con una señora que iba enfrente, la cual le interrogó acariciando á la muchacha y mirando á los dos varones, y dijo que habían mejorado mucho, pero que la niña había adelantado poco. Era una enfermedad larga, y en vista de ello, iba á llevarla con su madre. Explicó todos los detalles de la enfermedad, fijando en tanto sus ojos inquietos y amorosos sobre

aquella criatura pálida, como si quisiera colorearla con la mirada. Al cabo comprendí que eran pobres niños medio raquíticos de tres familias diversas que ella había llevado á su propia casa de Val Sena para que se repusieran con el aire de la montaña, en su gran quinta, donde desde hacía varios años mantenía cada verano á expensas propias una pequeña «colonia alpina» de niños pobres y enfermos. Cuando la anciana alababa su conducta diciéndola dulcemente que si todas las señoras hubiesen hecho otro tanto en favor de los niños pobres, muchos de ellos hubieran recobrado la salud, ella rehusaba las alabanzas moviendo negativamente la cabeza, y entristeciéndose de pronto, horrorizada por el pensamiento de su propia impotencia, de la pobreza de su esfuerzo solitario contra la inmensidad de las necesidades y contra la multitud de niños enfermos que permanecen en la ciudad durante los meses de verano bebiendo el aire envenenado de las habitaciones sucias y oscuras. Y repetía, sin saberlo ciertamente, la exclamación de Tolstoy:

—¡Qué hacer, Dios mío! ¡Qué hacer!

Y lo decía con un acento tan ardiente y doloroso, que hacía comprender que aquel pensamiento le sofocaba en el corazón, la satisfacción de las buenas obras cumplidas, y más que su acento, lo decían sus grandes ojos negros y centelleantes, que al fijarse en aquellos tres rostros, expresaban una piedad tan grande y una amarga tristeza de que fueran únicamente tres, sólo tres, y no treinta, y no trescientos, y no treinta mil como en su ardiente corazón hubiese querido.

—¡Pero qué hacer!—Estaba yo á punto de responder:—¡Lo que haces tú, alma hermosa!

Pero véase lo que son las cosas: estoy seguro que hasta ella me hubiese llamado impertinente

ó loco; á tanto llega la conveniencia ficticia en el comercio social, que está en pugna con la sinceridad y con la poesía. Pero ya la respuesta se la puedo dar con la prensa: *imprematur*.

\*  
\* \*

Durante varios días no encontré á ninguno más, pero en compensación, recogiendo fragmentos de conversaciones en los carruajes y en las jardiras, descubrí una nueva familia de tipos originales: los que se burlan de los veraneantes y del verano, de los ciudadanos que encontrándose bien en Turín aun en medio del verano, prefieren el «Café Romano» y los trayectos de noche en el tranvía á todas las delicias campestres, burlándose de todos aquellos imbéciles que por vanidad ú ostentación de riquezas, renuncian á todas las comodidades de la ciudad y se van á desterrar voluntariamente á sitios solitarios donde se siente mucho más el calor y se aburren soberanamente. Cierta día iba un señor grueso que se burlaba con mucha gracia de cierta familia que solía desde su hogar escribir á todos sus amigos para que fueran á pasar unos días en su casa de campo, á

fin de hacerles más soportable la melancolía mortal de sus jornadas solitarias. Otro día vi un empleado que se alegraba de que hiciera mal tiempo pensando en los veraneantes de la montaña, los cuales, sorprendidos por el frío precoz, estarían condenados entonces á la reclusión á causa de las lluvias, y debían tener un humor infernal durante aquellos días pensando en su Turín, y lamentando amargamente no haber regresado antes. Aquella noche era un viejecito elegante, con la boca un poco torcida, que se burlaba de otra familia que, por la vanidad de hacer creer que estaban en la campiña, tenían todas las persianas de balcones y ventanas echadas y no encendían luz por la noche, llevando una vida miserable y vergonzosa, como si fueran malhechores perseguidos por la policía. No todos, sin embargo, sienten el deseo feroz de sacrificar su propio placer y gozar con los malos ratos que pasan los demás. Encuentro en el tranvía rostros alegres de jubilados que se sienten satisfechos soportando los fuertes calores, y contentos al ver la ciudad con menos transeuntes y menos ruido que de ordinario, lo cual disminuye los tormentos del insomnio. Entre estos está mi buen veterano, el cual, al subir una mañana de su número 43, subió á una jardinera en la calle de Garibaldi con «Ciuchetto», su perro favorito entre los brazos, y volviéndose hacia mí, me dirigió la palabra amistosamente con aquella expresión de alegría y verbosidad que dá al anciano el sentimiento insólito de la plena salud, diciéndome que se encontraba bien de veras, y sería completamente feliz si á su pequeño amigo no hubiese tenido la desgracia de romperle una pata la rueda de un carretón, por lo cual se veía obligado á llevarle en brazos hacia ocho días, para que «tomase el aire». ¡Pobre viejo! Sintíendose

fuerte, ha hecho un propósito: una gira al lado de Avigliana, con billete de ida y vuelta, que no le ha gustado mucho. Está muy contento de los grandes honores con que ha sido recibido Makonnen y Nerazzini, hombre de gran cabeza y del que se puede esperar que lleve á feliz término la negociación matrimonial del príncipe de Nápoles, demostrando una ternura paternalmente admirativa por la princesa, de la que dice: «bella persona, bella persona». Habla de este matrimonio como de un acontecimiento que tuviese necesidad de ver para vivir tranquilo los últimos años de su vida, y parece que en sus ojos se adivinaban estas palabras:

—Se hace preciso este matrimonio.

Después acaricia á su perro que le lame las manos y el rostro, en señal de gratitud, diciendo:

—Este es el último amigo del pobre viejo. Tengo ya setenta y ocho años y medio. Por otra parte no me quejo; digiero bien, cosa que muchos á mi edad no pueden decir. Precisamente voy ahora á ver á un viejo camarada que no se encuentra nada bien. Este tranvía me lleva cerca de su domicilio. ¡Qué gran comodidad es ésta de los tranvías! ¿verdad? ¿Va usted á bajar? Cuidado, no baje hasta que esté parado del todo; una desgracia sucede muy pronto. ¡Buen paseo! Hasta otro día. ¡Oh, alma humana, con cuán poco te contentas, á pesar de que sientes la sed de lo infinito!

\*  
\* \*

Entre otros descubrimientos de naturaleza opuesta, sin precedentes, hice uno que se refiere úni-

camente al bello sexo; uno de aquellos estados de ánimo que se podrían definir llamándole «septembrino». Veo en el tranvía muchos rostros de señoras y señoritas de mal humor, como atormentadas de un despecho sordo é inmóvil que se refleja en sus ojos fijos y centelleantes; sobre todo al pasar próximos á una estación, dirigen miradas de reojo á las señoras en traje de viaje y que llevan sombrereras y multitud de paquetes diversos. ¡Ah, no pertenecen, no, á familias ricas de la campiña: son mujeres é hijas de pobres burgueses, á las cuales la profesión condena á no hacer aquellos viajes, renegando contra Turín y contra la esclavitud, ó contra la tacañería conyugal ó paterna, y contra la amiga ausente, de la cual preveen que á la vuelta ha de mirarla con aire triunfante y la interrogará con aire compasivo. ¡Cómo se adivina todo esto en aquéllas pequeñas cabezas durante los largos trayectos de la jardinera! Es el mes de los viajes, de las excursiones campestres, de las regatas en el lago, de las fiestas de despedida, de las cabalgatas de quinta á quinta, el mes de las galanterías atrevidas y dulces soliloquios en la sombra, y de una tranquila libertad de la que no puede disfrutarse en la ciudad bajo la mirada de cien ojos que escrutan todo cuanto hacéis. Todas estas visiones danzaban ante los ojos de aquellos que se veían obligados á quedarse en Turín, y que únicamente podían ver el campo desde la línea de las afueras. Y detrás de aquellas fuentes arrugadas se preparaban en tanto las alusiones y la sátira encubierta, repetidas cien veces á la hora de comer, á la hora de dormir, como el lamento del condenado, y al que causan horror la mesa y la cama, porque parecen dos máquinas de tortura.

\*  
\* \*

Sin embargo, en estos tranvías, ayudando un poco la fantasía, se puede uno considerar en el campo. Yo he hecho algunas excursiones muy agradables. Recuerdo que la vez primera que recorrí toda la línea de la barrera de Lanzo, fué para mí un verdadero viaje de descubierto observatorio, desde el cual se agranda el mundo. Pasado el puente Dora y volviendo hacia la calle Puente Mosca por el largo paseo Emilia, se siente un placer dulcísimo. El pensamiento, la mirada, se satisfacen, y el espíritu recobra animación y alegría. Atravesada la línea férrea de Lanzo, no por eso se pierde de vista Turín. La ciudad se va transformando poco á poco de gran señora en humilde burguesilla de campiña, tomando un aspecto plácido é ingénuo. Las casas adornadas con vistosas colgaduras como esperando el paso de la procesión, la tienda antigua de más de cien años de existencia; las calles laterales que van á perderse en el campo; en la puerta del ayuntamiento se vé la imagen de un santo, y al otro lado un aviso de la prefectura, mujeres con los pies

descalzos y chiquillos harapientos y sucios, dando á la ciudad el aspecto de una aldea desierta. Allí veo escrito encima de una puerta cerrada:

«Teatro Gianduja», y encuentro el anuncio de otros teatros desconocidos: «Teatro de la barrera de Lanzo», «Teatro Manroni», en el cual se representa «Kean, sublime obra de Alejandro Dumas». ¡Oh, qué extraña melancolía se apoderó de mí de repente! Pero luego fué disipándose al llegar á la pequeña estación de la Virgen de la Campaña, uno de los suburbios más animados, en el que los carros de hortalizas y frutas dan una vida y movimiento propios de una ciudad trabajadora. Bajo de la jardinera y me acerco por curiosidad al montante de un coche sin ventanillas, y allí dentro, un grupo de cobradores y cocheros merendando alegremente. Entre ellos reconozco al joven dantesco, que apenas me ve, exclama:

—¡Demonio! ¿Usted por aquí? ¿Cómo se ha atrevido á venir hasta el confín del mundo habitado? Mire, mire qué comida...

*e come il pan per fame si manduca*

\*  
\* \*

El tranvía se había puesto en marcha, cuando al poco rato le hizo parar un obrero que venía de la parte de «Madonna di Campagna», dando

*Carrozza di tutti.*—Tomo II—7

vaivenes y moviendo los brazos de un modo algo anormal. Tardó bastante tiempo en subir y se dejó caer como un saco sobre el banco. Reconoció en seguida á *Desbottonnas*, que debía haberse emborrachado en alguna de las hosterías de extramuros, empolvado de la cabeza á los pies, con el cigarro en la boca y la corbata deshecha. Advertí que en aquellos dos meses que habían transcurrido desde la última vez que le vi, la borrachera crónica había hecho un desgaste terrible en su naturaleza. Me miró fijamente con los ojos encandilados, pero no me reconoció. Se comprendía, en el modo de volver su mirada irritada, que tenía ganas de armar bronca. Y la ocasión se le presentó bien pronto.

Cuando el cobrador dantesco se le acercó á preguntarle:

—¿De dos, ó de tres?

Quedó un momento pensativo y contestó:

—«Voy hasta la Crocetta».

Y sin duda se fijó en aquel punto, pero sin determinado propósito, porque su manía cuando estaba borracho, era ir lejos, á la ventura, hacia tabernas desconocidas, para alargar el horizonte de sus excursiones alegres.

—Entonces—dijo el cobrador,—de tres.

El hombre sacó lentamente una moneda del bolsillo del pantalón y la puso en la mano del cobrador; después, y tras de mucho rebuscar, sacó otra moneda, la colocó sobre la primera, y nada más.

—Para la Crocetta son tres—repitió el cobrador,—falta una.

Aquél se indignó.

—¡Qué tres, ni qué demonio! «¡Esta es buena!» ¿Y por qué tres?... «Yo no pago más que dos»... Yo siempre he pagado dos...

Como insistiera el cobrador, volvióse el borracho hacia un caballero que tenía al lado, y le preguntó, mirándole fijamente:

—¿Y usted qué dice, cuánto ha pagado?

El caballero contestó que había pagado dos.

—«¡Ah! vean, pues... ¿y por qué él dos, y yo tres? ¡Vaya una justicia!»

—El señor—dijo el cobrador,—no va más que á la plaza de Carlo Felice, y hasta allí son diez céntimos; y usted va hasta el final de la línea y vale quince.

—¡Qué final de la línea!... «yo le he dicho que hasta la Crocetta... no he dicho que hasta el final de la línea...» El reglamento dice: Dos.

Y así siguió durante un rato mascullando palabras entre dientes, declamando y apostrofando ora á uno, ora á otro de los pasajeros. ¿No era bastante claro su caso? Aquello era una anomalía, aquello era una camorra despiadada para despojar al pueblo. El cobrador trató de persuadirle, medio en serio, medio en broma, pero tuvo que dejarle, porque si no la cosa se hubiese empeorado. El beodo miraba en tanto un ciclista que iba al mismo paso que la jardinera y al lado de ella, como un caballero de campo, hablando tranquilamente con un pasajero sentado en la extremidad de un banco.

Aquel acompañamiento en bicicleta le pareció á «Desbottonass» un abuso intolerable, enorme, una falta de respeto á la «Compañía». Gritaba al ciclista que se apartase del coche, que no estaba permitido aquéllo, que no había visto nunca una impertinencia igual. Luego, de repente, se puso en pie, y apoyándose en el respaldo de uno de los bancos de delante, gritó, dirigiéndose á las barracas de Porta Palazzo:

—«Soy de la oposición».

Y se dejó caer de nuevo en el banco.

Hacía un rato que el conductor volvía á tratar de convencerle, y parecía casi persuadido, cuando en la plaza de Carlo Felice, habiendo subido á su lado un caballero que pagó diez céntimos hasta la Crocetta, exclamó con aire de triunfo:

—«Vea usted, pues»... éste vá á la Crocetta y no paga más que dos... ¡Y yo he de pagar tres! ¿eh? ¿Soy acaso hijo de perra? ¿Por qué he de pagar tres?

—El señor, cuando ha subido—contestó el cobrador,—ha hecho ya dos tercios de calle el tranvía, y usted ha subido antes... Vamos, saque de una vez los cinco céntimos y no me obligue á llamar á un guardia.

Y al pasar por mi lado, el cobrador dice:

—¡*Oh, sovra tutte mal creada plebe!* ¡Vea usted con qué clase de animales tenemos que tratar!

Entretanto, el otro continuaba murmurando:

—«La razón es la razón... el reglamento es el reglamento... Venga, pues, la fuerza... Si el otro paga dos, yo no quiero pagar tres. ¿Soy yo hijo de tudescos?»

El hombre volvió á declarar solemnemente que era de la «oposición», cuando yo bajé de la jardinera, entristecido por haber encontrado tan embrutecido á aquel obrero que debía haber sido bueno, honesto é inteligente; turbado y pensando que todos los esfuerzos con los cuales se combaten los vicios horribles no impiden ese incremento mortal; oprimido por la duda de que toda lucha con el embriagado debe resultar inútil, como si la humanidad estuviese bajo el peso de una condena fatal, de la que la imaginación se aparta con espanto.

\*  
\* \*

Estas son las líneas, y este es el mes en que más á menudo hacía los largos trayectos en el tranvía, con un compañero solo, y á veces sin ninguno, y entonces podía observar la expresión de un sentimiento curioso, parecido á aquel que se experimenta en ciertos jardines ó salones espléndidos de los grandes palacios, cuando están solitarios; la ilusión fugaz de los primeros años, la complacencia imaginaria de la riqueza y del fausto, en alguno de esos personajes solitarios que están contentos y orgullosos de ser arrastrados durante media milla, por dos caballos que parecen correr para ellos únicamente, con un cochero delante y un cobrador detrás, que parecen estar á su servicio exclusivo, y se lee en su rostro un soliloquio fantástico de gran señor. ¿Dónde se puede comprar por diez céntimos un tan dulce deleite de la fantasía? En otros trechos de ellas se ven cocheros y cobradores, que libres por un momento de pasajeros, charlan y bromean entre ellos, saludando á los compañeros que pasan en los otros carruajes, y hablan y gritan con-

tentos con aquella libertad de que gozan por un momento. En aquellos coloquios de coche á coche, se manifiesta aquella familiaridad infantil que reina entre los que tienen una ocupación común, y que se advierte en todos los hombres, ya sean diputados, soldados, comediantes ó colegiales. Durante estos trayectos es cuando Carlín vacía en un momento todo cuanto ha metido en el buche durante una semana. Le hice hablar durante un rato en uno de esos trayectos solitarios, y comprendí mejor que nunca la extraña monstruosa confusión que había metido en aquella cabeza, las varias nociones de políticas, de ciencias, de viajes y de acontecimientos públicos de que cada día tenía conocimiento leyendo los diarios y escuchando las conversaciones de los pasajeros, y que producían en el cerebro de un hombre del pueblo, sin instrucción y sin cultura, necesarias para comprender y ordenar aquellas ideas, un verdadero maremagnum del que ni él ni los otros son capaces de sacar nada en limpio. En pocos minutos me señaló y comentó los hechos principales del mes, con raros razonamientos, y sacando de ellos las más extravagantes deducciones que se pueden imaginar. Habló de los terremotos de Islandia y de Messina, de la inundación de Ferrarese, sacando la consecuencia de que hay una rueda rota en la máquina del mundo, y señales evidentes de una ruina universal, lo cual le hace pensar con terror en el gran cataclismo que va á ocurrir pronto.

—¿Toda esa gran ciencia no puede hacer nada, para prevenir lo que está á punto de suceder?

Luego se lanzó de un salto á la política con la falta de tacto absoluta propia de los hombres y de los niños incultos y que el pudor intelectual nos impide á nosotros saltar de un argumento

importante á otro, para no demostrar que abandonamos el primero por ser incapaces de sostener largo tiempo un pensamiento. Y hablaba, hablaba, sin saber á punto fijo lo que decía. El estar varado en Spezia el acorazado «Carlos Alberto» y en Sestri el crucero «Colón», destinado á España, decía que era una señal de alianza entre Italia y España. Si habla del tratado italo-tunecino, dice que es una triple alianza entre Italia, España y Francia. ¿Contra quién? Después habla de los festejos hechos en honor de Nansen que regresa á Cristianía, después de haber descubierto un nuevo mundo. Si discurre acerca del descubrimiento del oro en la Nueva Zelandia, dice que ese descubrimiento se debe á Nansen: un mundo lleno de tesoros. He aquí por qué el soberano ruso se dirige á Dinamarca y Noruega: para apoderarse del oro antes que nadie, y esto es clarísimo. Y así fué siguiendo toda esa serie de razonamientos, fabricando luego castillos en el aire con materiales dispersos y distintos que se amontonaban en el almacén semi-oscuro de su cabeza, y yo viendo que mis explicaciones no hacían sino acrecentar el desorden de sus conceptos, pensaba suspirando al contemplar aquel hombre, que hasta que se mejore la condición de los obreros, siempre habrá en el fondo la misma cantidad de ignorancia, ó una ignorancia hidrópica de ideas confusas, en las cuales es mucho más difícil encarnar una idea precisa, que en los cerebros vírgenes de toda cultura.

¡Oh, maravilloso Carlín! Su cerebro está en un estado permanente de ebullición; y bulle un poco de cada cosa; pero son siempre los propósitos de guerra los que más frecuentemente salen á la superficie. ¡Otros seiscientos armenios muertos en Karput! ¿Cuándo acabará esta historia infame?

—¡Voto á...!—exclama frunciendo el entrecejo.  
—¡No sé por qué no han de ir nuestros «colosos marinos» y recorrer toda la ribera maldita y ¡bum! ¡bum! ¡bum! hacer saltar por el aire todas las casas, hasta que no quede ni la tira de un turbante, ni una casa sobre la faz de la tierra!

Dicho esto, pegó con la mano en su talonario, y poniendo una señal en los billetes, con expresión resuelta, como si contara los cañones que habían de mandarse á la guerra, después de poner otra vez el talonario en el bolsillo, se dirigió á la plataforma, cruzóse de brazos y fijó los ojos en el horizonte, con aire de un almirante que mira desde el puente de un acorazado la fortaleza enemiga.

\*  
\* \*

Me tocó entonces un período (no era el primero durante el curso del año) semejante á aquellos periódicos en la estación muerta, en los cuales no se encuentra de cabo á rabo ni un fondo, ni un artículo, ni unas buenas líneas de crónicas, ni una noticia de novedad; nada, en fin, que interese al lector, como si la vida estuviese suspendida por algunos momentos.

¿Quién no ha experimentado en el tranvía uno de estos períodos muertos?

Durante varios días no encontré un solo hombre singular, ni una mujer bella, ni un niño simpático; todos eran para mí desconocidos y vulgares, como si la población de nuestra ciudad se hubiese cambiado en la de otra, ni un accidente, ni una conversación, ni una deficiencia siquiera en el servicio, nada absolutamente que rompiera la uniformidad de nuestro curso, como si la juventud, el amor y la alegría, hubiesen abandonado la «institución» vieja y decrepita, y á punto de morir á su vez como murieron los ómnibus de antigua memoria. No había otro caso de notable que una jardinera en la línea de San Segundo ocupada por pobres viejos del Hospicio de Caridad, para los cuales era aquel el día de semana en que les tocaba salir; todos vestidos de gris é inclinados, como si un viento sofocante les hiciera inclinar el cuerpo y la cabeza.

Sobre aquel carruaje que llevaba tantos siglos en su interior, marcados sobre los rostros por infinidad de arrugas, veíase un anuncio en caracteres cubitales blancos sobre fondo azul, que decía:

«Biblioteca romántica Sperani.»

Finalmente, un domingo encontré en la línea Madama Cristina, al propagandista infatigable, con su eterna chaqueta raída de terciopelo color cacao, que sostenía en aquel momento un vivo coquillo con un cobrador hombruno, con una barba grande y espesa, de cabeza enorme, tan pequeño de estatura, que le llegaba apenas con la frente á los hombros.

A primera vista comprendí que le estaba cate-

quizando, y pensé que debía ser costumbre suya subir á los tranvías á aquellas horas en que el servicio disminuye, para llevar el verbo de sus doctrinas entre los empleados de tranvías. Apenas me vió, vino á mi lado, y noté que no me había equivocado: hacía aquellos trayectos expresamente para predicar su fe á los cobradores y cocheros, y había convencido ya á muchos. Otros, como aquel especie de enano hirsuto, eran resistentes como una roca, y el motivo de que este último no estuviera ya persuadido, era porque tenía una propiedad de cuatro palmos de terreno en el río del Tanaro, hacia la parte de Alba, una propiedad ridícula que desaparecía la mitad de ella bajo el agua, y que no le daba ni un céntimo de rendimiento, si bien había plantado en el centro una gran haya, de la cual esperaba sacar el día que la arrancara unas setenta liras.

—Es un hombre que comprende—me dijo,—no es corto de entendimiento. Le he hecho ya comprender que debemos hacer una cooperativa de productores, de consumo y mútuo socorro; que esa cooperativa debe formar un grupo con otras ligas y corporaciones, formando á su vez un grupo de grupos, y así pasar poco á poco del municipio á la provincia, de la provincia á todo el país. La idea le gustaba; pero cuando se pasaba de eso á la propiedad industrial y territorial, se levantaba ante sus ojos como un fantasma aquella propiedad suya, y no había entonces medio de convencerle. Aquel árbol debía ser para el cobrador el último é invencible argumento contra la idea. El fuste de aquella haya se levantaba inmóvil enfrente de la gigantesca máquina socialista, y no dejaba ver su belleza ni su gracia. Y en tanto que el propagandista decía eso, mirándole por la espalda del cobrador, que se había

acercado, pensaba yo que no veía él la persona, sino el árbol maldito, el supremo impedimento á su conquista, el grande enemigo, y pensaba también el modo de conseguir sus propósitos haciendo un trabajo extraordinario con la imaginación, visible por el modo de mover los dedos, el tormento continuo que daba á su barba roja y la manera de arrugar un paquete de folletos que tenía en la mano. Le pregunté dónde iba; me contestó, dando con la mano sobre los opúsculos, que iba á distribuirlos á la extremidad del arrabal de San Silverio, donde le esperaban varios amigos. Aquella idea despertó en su mente un recuerdo que le iluminó el rostro de repente y dió una carcajada. Recordó uno de sus triunfos, uno de aquellos triunfos afortunados que le habían conquistado autoridad y formaba su gloria.

Era una ventura admirable. La policía había hecho un registro en su tienda, suponiendo que tenía un depósito de proclamas y folletos prohibidos. La policía se engañó, pero los libros y diarios no los guardaba allí; y al decirme esto me guiñó un ojo. El cabo había revuelto todos los muebles y papeles, sin encontrar la más pequeña traza de cartas ni papeles que le comprometiesen. En la pared de enfrente de la puerta había pegado un gran «Calendario del año 1896», en el cual estaba señalada cada fecha importante con una palabra entusiástica, como demostración de su amor por el socialismo. El cabo había mirado un momento aquel calendario, y creyéndole sin importancia, se marchó, saludando al propagandista y dándole excusas por haberse equivocado. Aquel recuerdo le hacía reír de un modo extraordinario, le daba un regocijo como si hubiese ganado contra la autoridad una de aquellas batallas que en otros tiempos constituían una glo-

ria para los enemigos de las instituciones. Se rió durante un buen rato, y movió la cabeza al tiempo que se frotaba las manos en señal de regocijo. Luego se puso serio y me habló del congreso feminista.

\*  
\* \*

Dos días después, en la línea de Niza, estaba al lado de «Tempestad». He aquí un sujeto que no convertirá jamás el buen propagandista. Estaba Tempestad furioso contra los ciclistas á causa de un hecho que le había ocurrido la semana pasada. Un ciclista quiso atravesar la vía y había sido tirado al suelo, cayendo de cabeza con las piernas por el aire. La culpa era suya, pero de todos modos, no le faltarían quebraderos de cabeza. La bicicleta se había deshecho, y el ciclista tenía herida la cabeza y magullado todo el cuerpo, desde hacía más de una semana, según me dijo el cobrador. No hacía más que hablar de aquello, y cada vez que veía una bicicleta, se salía de sus casillas y rompía en denuestos y maldiciones contra ella. Aquel día parecía que los ciclistas se hubiesen dado cita en

la calle de Niza para enfurecerle más. El los veía por el fondo de la calle á una distancia increíble, así como los gauchos ven en medio del horizonte las pampas, y acompañaba su aparición con un monólogo imprecatorio:

—¡Que el diablo te lleve, estúpido!

En la calle Burdiu encontró una verdadera nube de enemigos, y no pudiendo encararse con ninguno en particular, recurrió á la maldición colectiva, sembrando á derecha é izquierda toda clase de desgracias. Tuve una verdadera sorpresa: conocí aquel día la familia de Tempestad. La mujer y dos muchachos de cinco y de ocho años, que le esperaban con la cesta de la colación. Había pensado tantas veces en aquella pobre víctima, que al verla me fijé con verdadera curiosidad; pero pronto se alivió mi pena. La mujer parecía su hermana; era una mocetona de rostro sanguíneo y fiero, con el pelo desgredado, con ojos brillantes y demostrando en su aspecto que era capazísima de hacer frente á la furia habitual de Tempestad, y no sólo con las palabras, sino con los hechos; los pequeñuelos, parecidos á él, parecían dos predestinados propagandistas de la «Sociedad protectora de los animales», y se comprendía que les eran familiares gran parte de los ideales paternos. La mujer le entregó la cesta con un gesto de mal humor; él la tomó sin decir palabra, y sentándose en el estribo, se puso á comer, dando de vez en cuando bramidos de oso, bajo la mirada fija de los dos ositos que permanecían rígidos y silenciosos.

—Es el único momento del día en que calla— me dijo el cobrador, que le observaba, y después añadió con cierto acento juvenil y benévolo:

—«Rústica progenie».

Encuentro entre estos apuntes bajo el título de

«Rústica progenie», varias observaciones hechas en esos días acerca de la cortesía de los hombres con las mujeres en el «coche de todos», y especialmente sobre la costumbre de ceder el puesto para sentarse, á lo cual no creía yo que hubiese tantos rebeldes, y no en una sola clase social. El bueno de Valentín Carrera, que quería escribir un libro sobre «Las villanías en Italia»; habría recogido un tesoro de documentos y observaciones en el tranvía. Hay inconscientes que estando sentados dentro con toda comodidad, miran con aire de admiración á una hermosa señora de pie en la plataforma, á dos pasos de ella, sin sentir siquiera sospecha de que están cometiendo una inconveniencia; existen aquellos que verdaderamente continúan sentados por egoísmo inconcebible, pero que sienten vergüenza, y huyen las miradas de la postulante, fingiendo no darse cuenta de su presencia; aquellos que ceden el puesto á las señoras que van elegantemente vestidas, pero que no le ofrecen á las mujeres de pueblo; aquellos que ceden su sitio á las jóvenes y dejan en pie á las viejas; aquellos cuya descortesía llega á lo sublime: hay quien está sentado con una señora de pie al lado, la cual, á consecuencia de los vaivenes del coche, se ve obligada á agarrarse á los pasamanos para no caer, algunas veces con niños en los brazos, y á pesar de esto, no se mueven de su asiento. Pero el caso más cómico y admirable fué el que vi en la calle de Garibaldi, el día mismo de mi encuentro con Tempestad. Era de noche y llovía; dentro del carruaje cerrado no había puesto alguno vacío; hablaban con voz rumorosa cinco ó seis hombres con aspecto de negociantes, y á juzgar por sus rostros encendidos y lo luciente de los ojos, parecía que acababan de salir de un restaurant,

y en la plataforma posterior estaban de pie dos señoras, á las cuales el viento hacía que se llenasen de agua sus vestidos. Aquellos alegres amigos, sentados junto á la puerta, no sólo las veían, sino que de cuando en cuando, las dirigían miradas de curiosidad galante y hacían comentarios.

—¡Oh, qué finos!—exclamaban las señoras.—No he visto nunca más hermosa desenvoltura.

Durante un momento tuvieron la esperanza de conseguir un puesto, al ver que uno de los caballero se alzaba un poco del banco, y echando la mano hacia la manivela, acabó de cerrar la puerta.

¡Que si quieres! El caballero no hizo aquel movimiento sino para cerrar mejor, á fin de que no pasase el viento. Y entonces las dos señoras soltaron una carcajada de franca risa, á la cual hicieron coro los demás pasajeros que estaban en torno de ellas, en tanto que dentro del carruaje se escuchaban más alegres y rumorosas, las conversaciones de aquellos rostros encarnados y de aquellos ojos relucientes, enamorados y de verse tranquilos allí dentro, amparados contra la lluvia, que mojaba al bello sexo.

\*  
\* \*

He aquí otro caso curioso á propósito de cortesía. Un carruaje cerrado corría por la calle Cernaia bajo una lluvia menuda. Estaba entre nosotros en la plataforma, llena de gente, el noble

cobrador, que alargando la mano blanca por encima de la espalda, daba los billetes con su acostumbrada cortesía de novicio celoso. Un señor con unos grandes bigotazos, conocido mío, le dió un billete de una lira medio estropeado. El cobrador levantó el billete hasta el farol, para examinarle atentamente. El señor lo tomó á mal, y dijo:

—¡Vaya unos modos!

El cobrador contestó:

—Es preciso que vea si es bueno.

—¿Y qué diría usted—contestó el otro,—si yo examinase el cambio de la misma manera?

—Diría—contestó el cobrador tímidamente,—que es muy dueño de hacerlo.

—Ya—repuso el caballero,—cada cual entiende la delicadeza á su manera.

El cobrador le miró fijamente un momento, inclinó la cabeza para saludarle y se retiró.

Entonces dije á mi conocido que aquel era un conde auténtico, y le dije su nombre. Creía que aquello le calmaría. Acerté, y entonces, siguiendo el curso de su pensamiento, exclamó:

—¡No lo hubiera imaginado nunca!

El acento de aquella exclamación me impresionó. Era espontánea. Expresaba un sentimiento como de amargura que quería decir:

—Si lo hubiese sabido, habría estado menos duro, y no habría dicho nada.

—¿Por qué?—pregunté para mí.—¿Por qué lo que uno cree una descortesía viniendo de un conde, que debe medir bien todos sus actos, no ofende tanto como viniendo de una persona inculta y vulgar, en la cual se puede suponer la inconsciencia de la ignorancia? ¿Por qué le dolía haber estado descortés é injusto? ¿solamente porque el ofendido pertenecía á una familia igual á la suya

ó más aristocrática que la suya? Pero de repente interrogándome yo mismo, pensé que si me hubiese ocurrido á mí un caso parecido, hubiera hecho reflexionar movido del mismo sentimiento injusto, la misma exclamación ilógica: ¿Por qué razón? Por ninguna razón. Aquellas palabras de sentimiento hubiesen salido de mí como salían de él, como la voz imprevista de ciertas ideas sepultadas, pero no muertas, de viejos sentimientos heredados, confusos, revueltos en nuestro ánimo dentro de las ideas y de los sentimientos nuevos de igualdad y de justicia, que viven sin embargo en nosotros, y ante los cuales quedamos estupefactos, cuando por acaso, en un momento dado, los descubrimos.

Era aquella como la voz de una conciencia antigua, en la cual no penetra sino por un instante nuestro pensamiento. Ahondando en ella, se vería que la resistencia que opone el mundo á nuestras aspiraciones más altas, se ejerce fuera de la voluntad de nosotros mismos, y que los apóstoles más fervientes de una nueva idea llevan dentro de sí el enemigo de la propia fe... Y me afirmé más en tal pensamiento observando cómo mi conocido de los bigotes evitó la mirada del conde al volver éste á aparecer.

\*  
\* \*

«25. Día muerto.—26. Ni una nota.—27, domingo. Sor Teresa, drama en cinco actos, representación por la tarde.»

*Carrozza di tutti.*—Tomo II—8

De la Arena Turinesa desborda en el Paseo San Mauricio una oleada humana. Suben á la jardinera tres matrimonios. El último se sienta en el banco que tengo delante... ¡Toma! Son mis pequeños protegidos del arrabal de San Donato. He pensado y pienso todavía tanto en ellos, que me me parece imposible que no me reconozcan, que no me saluden como se saluda á un amigo. ¡Pobre mujercita! ¿Qué diantres de idea les ha dado hallándose en el estado en que se halla, de ir á presenciar la agonía de la monja? La última escena la ha hecho prorrumpir en llanto, y todavía gime su pecho, y sus ojos están llenos de lágrimas. La palidez de su rostro dice bien claramente que su conmoción ha sido profunda. Lo dice también la solicitud llena de cuidado y de amor de su esposo, que se echa á sí mismo la culpa de lo ocurrido, afirmando que no debía de haberla llevado allí; pero ella le defiende y asegura que aun cuando la sacudida ha sido muy fuerte, no le ha causado mal alguno.

Es la primera vez que oigo su voz, conmovida, apagada, humilde, esa voz que dentro de poco será todavía más apagada y más dulce, diciendo mil frases amorosas junto á la cuna. ¡Incorregible niño! ¿O es que acaso no siento tanta compasión y amor y ternura por estos dos pobres seres, sino porque pienso que esa mujercita y ese muchacho pueden ver trocarse el día que ansían en un día de desventura? Y mientras esto pensaba, un coche fúnebre va hacia el cementerio, seguido solamente de dos personas. El suyo no lo siguiera quizá sino un hombre solo.

Pero, por uno de aquellos bruscos cambios tan comunes en las mujeres que se hallan en aquel estado, enjuga ella su llanto y ríe, él lanza un suspiro y sonrío. Mis presentimientos se desvanecen.

¡Con cuánto gusto asomaría la mía entre aquellas dos cabezas y les diría:

—¿No sabéis que soy vuestro amigo? ¿Me queréis para padrino de vuestro hijo?

Pero, ¿qué pensarían de mí? Sin embargo, preveo que un día ú otro no podré dominar la tentación.

\*  
\* \* \*

Otro par de cabezas entre las cuales no quisiera asomar la mía, las vi dos días después en la calle de Garibaldi.

Estaba yo de pie en la plataforma y no las reconocí de pronto, porque el hombre estaba disfrazado, como quien dice: Pero, en un momento en que se me presentaron de perfil para cambiar una con otra unas palabras, reconocí al elegante capitán, que iba vestido de paisano, con suma elegancia, y á la esposa—hipotética—del empleado de Correos. Debían de haber cambiado durante el trayecto algunas frases de sabor agridulce. Ella tenía el aire agitado y afligido, y la cara de él expresaba un tedio abrumador que procuraba disipar mirando hacia la calle, fijándose en los ca-

fés iluminados, en las mujeres que pasaban por la acera, en los oficiales «libres» que iban detrás de aquellas mujeres; y las miradas de ella seguían las suyas para ver dónde se fijaban.

En un momento dado, ella le dijo una palabra, uno de esos monosílabos que son como el resultado y final expresión de un soliloquio mudo, y él se apartó imperceptiblemente y levantó los ojos al techo de la jardinera, como implorando la protección de un santo ausente. No hablaron más. Pero en el modo de estar colocadas dos personas que están sentadas una al lado de otra, se advierte claramente que sus almas no van por igual camino. Aquellas me hicieron la impresión de un tronco roto en dos pedazos que aun se tocan, pero entre los cuales se advierte la sangrienta ranura. ¡El tranvía, que había sido para ellos carro triunfal, era ahora coche fúnebre de sus amores!

\*  
\* \*

Era aquella una noche espléndida y serena. El aire, fresco, hacía recordar las noches de primavera. No recuerdo haber gozado jamás, como en aquel momento, del espectáculo que presenta una

gran ciudad vista desde el tranvía en una noche hermosa de verano. Bajo las amplias guirnaldas de las lámparas de arco voltaico suspendidas en el centro de la calle, corren los faroles de otros carruajes, parecidos á grandes ojos rojos, verdes, blancos, azules, de enormes cabezas invisibles, que parecen querer encontrarse. Las mil luces de las calles, de las plazas, de los caminos, dan á la ciudad un aspecto de inmensidad infinita, y aquella multitud de gentes que se ve de paso, parada ante los cafés, en grupos ante los teatros, aquellas caras innumerables que pasan por el lado del espectador, tan pronto iluminadas por la luz eléctrica, como sumidas en la sombra, ya doradas por el gas, ya apagadas del todo en la obscuridad, parecen la imagen de un pueblo fantástico que vive extraña existencia diurna y nocturna, bajo un cielo en el cual brillan sin orden ni concierto pléyades de lunas. Aquí y allá, aparecen otros contrastes de luz difusa y de negrura fija, masas oscuras de vegetación que ofrecen el aspecto de bosques iluminados por los fuegos de un vivac, amplios espacios abiertos en los cuales se alínean y se entrecruzan filas de estrellas multicolores, dominadas por un alto, desmesurado muro de casas y palacios, sobre los cuales parece que luzcan los primeros resplandores del alba. Y corriendo así entre aquellos mil fuegos de luz, entre aquel bullicio de gente atareada y vagabunda, en aquella atmósfera perfumada por el olor de la hierba y de las flores, en la cual se suceden y confunden notas de cantantes de café, ruidos de orquestas de barrera, *ritornellos* de canciones populares, músicas errantes, mandolinas y guitarras que lanzan sus gemidos, parece que se atravesase una ciudad maravillosa en la cual no se conozcan ni los cuidados, ni el cansancio, ni la

miseria. Pero se rompe el encanto en cuanto se mira al cobrador y al cochero. Sus rostros entontecidos, sus pobres piernas que se doblan bajo la fatiga de estar rígidas desde las cuatro de la mañana, sus ojos que se cierran adormecidos, y hasta su voz helada y soñolienta, evocan el pensamiento de aquellas multitudes que, en tanto que otros corren en busca del placer, dejan caer sobre malos camastros sus pobres huesos, para levantarme antes del alba y proseguir una existencia de labor pesada, ruda, inacabable.

\*  
\* \*

Era una noche, la última de Septiembre, cuando en la jardinera del paseo Vinzaglio, en la calle Cernaia, encontré á un amigo mío, abogado, profesor y periodista, lleno de habilidades, con dos jovencitas, de las cuales reconocí á primera vista que una era hija suya; la sola que yo sabía que tuviera. Acababa de salir de la estación de Porta Susa, viniendo de una quinta que tenía en Ivrea, para llevar á casa de sus padres á la otra niña, que había hospedado durante una semana.

—Usted debe conocerla—me dijo.

Era la hija de «Siapure». Estaba sentada delante de mí, de modo que su trenza negra que le caía á lo largo de la espalda, casi tocaba á la mano con que yo sostenía el bastón. Se volvió en aquel momento y la reconocí. Había crecido bastante en aquellos tres meses que no la había visto, y en sus hermosos ojos negros comprendí que su inteligencia había dado también un gran paso. Hablé de varias cosas con mi amigo; pero durante todo el trayecto no pude apartar mi pensamiento de aquella muchacha, la cual, volviéndose de lado para escuchar nuestra conversación, continuaba mirándome á la cara con sus ojos inteligentes y llenos de bondad, como si comprendiera que, aun hablando de otra cosa, pensaba en ella y en su padre. Me miraba con la cabeza un poco inclinada hacia mí, como si quisiera decirme:

—Esta vez hablarás; me dirás que le salude de tu parte; yo seré la que lleve la palabra de reconciliación; dila, pues, de una vez esa buena palabra.

También esta vez sentí la comezón de pronunciarla, diez veces acudió á mis labios y otras tantas dejé de pronunciarla. Me decía:

—Cuando el tranvía llegará á la esquina del paseo de Oporto, la diré.

Y luego:

—Cuando llegaremos al paseo de Víctor Manuel.

Y luego:

—Cuando estaremos cerca del monumento.

Pero en el momento preciso no podía pronunciar la palabra, y sufría por ello, y aquella trenza que rozaba mi mano me hacía el efecto de un dedo que me estimulase, y aquellos ojos fijos parecía que me dijeran cada vez más suavemente:

—Habla, pues: con sólo decirme saluda á tu padre, todo habrá terminado, y volveréis á ser

buenos amigos como antes, ya que siempre os habéis estimado y querido.

¡Ah, desvergonzado! Había pasado ya el paseo Humberto y no había hablado todavía. Mi amigo debía bajar en la plaza Carlo Felice; no me quedaban sino tres minutos, me despreciaba á mí mismo, y sin embargo, comprendía que no iba á hablar. Ved de lo que puede depender hacer ó no una buena acción. Cuando estuvimos cercanos á la plaza, la orquesta al aire libre del café Mogna tocaba un motivo de la sinfonía de las *Vísperas*, aquel motivo largo y suave que fué uno de los primeros que aprendí de muchacho, que siempre me recuerda mil cosas de la infancia, la primera conmoción del teatro, sin madre, joven, apoyado en el antepecho, la escena vista en sueños, una mezcla de imágenes alegres y tristes, confusas y lejanas, como si fueran de otra. ¡Oh, bendita música, noble amiga, misteriosa y benéfica, inspiradora de bondad y de cariño!

—Niña, saluda á tu padre de mi parte...

El *sí* vivo y suave con que me contestó parecióme nota de aquella música.

CAPITULO X

*Octubre.*

En Octubre encuentro entre mis apuntes un revisor colosal, que es uno de los más hermosos tipos que he visto durante todo el año. Toca con la cabeza el techo del carruaje, con los hombros tapa enteramente la puerta y hiere el rostro de los pasajeros con las puntas de unos bigotazos enormes que parecen dos SS, de un cartel de techo. Fué carabinero, y lo es todavía; sólo ha cambiado de traje: presta su nuevo servicio con iguales modales y con el mismo lenguaje que usaba en el antiguo. Tiene un aspecto terriblemente severo. Cuando se planta enfrente de un pasajero, parece que quiere invitarle á «declinar las de la Ley», y examina el billete como un pasaporte, y se lo devuelve mirándole fijamente el rostro, como si dijera para sí:

—Este tiene el aire sospechoso.

No habla ni sonríe con nadie. No le he oído pronunciar sino dos palabras que formaban una frase propia de un carabinero.